



Dilemas del mundo contemporáneo. Un abordaje filosófico

Santiago Kovadloff (*)

El siguiente artículo es una transcripción de una conferencia brindada por el Dr. Santiago Kovadloff en la Bolsa de Comercio de Rosario el 30 de abril de 2009.

Creo que la reflexión es una actividad cuya infrecuencia debe ser revertida día a día en un país que adolece de una enorme anemia de pensamiento. Pocas veces la política

es más patética que cuando deja ver la prescindencia impune de las ideas. La posibilidad de sustituir con consignas el pensamiento sólo pone de manifiesto lo errático de las conduc-

tas que se siguen en el campo de la gestión pública.

No nos queda ni siquiera hoy el consuelo de pensar que esto le ocurre a

(*) Investigador del CONICET y profesor titular regular de la Universidad de Buenos Aires. Consultor internacional del IIPE/UNESCO, Sede Regional Buenos Aires.

nuestro país en el marco de un mundo que se orienta de conformidad con los principios, los valores y los ideales de la democracia. En verdad, occidente entero está hoy profundamente quebrantado por un conflicto que no es primordialmente financiero sino ético. La democracia occidental ha perdido credibilidad para los occidentales, y esto no se debe fundamentalmente al hecho de que esa democracia esté amenazada desde afuera por el terrorismo internacional o por un presunto comunismo superviviente. Hoy la democracia está enferma de incredulidad cívica, lo está en el mundo y lo está entre nosotros también. Y si nos preguntamos por la causa de esta patología notable que se ha adueñado de la cultura de occidente a principios del siglo XXI, la respuesta no se agotaría en lo que voy a decir, pero sin duda no lo puede excluir. Y esto es: que las naciones que tienen la responsabilidad primordial de sostener el significado de la vida en comunidad en el marco pluralista de las democracias de orientación republicana han perdido ellas mismas la comprensión de su propia responsabilidad. Es esto entonces un hecho no digo inédito pero sí novedoso, si nos atenemos a la cultura occidental de los últimos 50 años.

Europa y los Estados Unidos, en especial después de la Segunda Guerra, supieron poner de manifiesto hasta qué punto podíamos considerar que la capitalización de la tragedia de la civilización occidental, ganada por el espíritu del nacionalsocialismo y del fascismo, encontraba en la democracia y en el espíritu republicano de la democracia una posibilidad de superar la desorientación espiritual en la que había caído occidente durante las primeras décadas del siglo que pasó. Hoy no es así. Sin duda, no podemos decir que los problemas que enfrentan las naciones desarrolladas son exactamente equivalentes a los que enfrentamos nosotros. Una cosa es ver resquebrajarse un modelo desde la plenitud de su desarrollo y otra cosa es vivir en una realidad resquebrajada sin modelo. En consecuencia, mi objetivo no es homologar las situaciones a fin

de caracterizar el mundo contemporáneo en el que nos toca vivir; creo que las analogías desmedidas soslayan los matices que tanta verosimilitud le dan a un planteo. Mi intención, lejos de eso, es mostrar relaciones. Quiero referirme a un repertorio de dilemas en el marco de los cuales, me parece a mí, vale la pena diagnosticar, aunque sea conjeturalmente, lo que ocurre en nuestro país.

¿A qué podemos llamar dilemas de nuestro tiempo? Creo que los dilemas de nuestro tiempo y los dilemas específicos de toda época son aquellos que constituyen desafíos ante los cuales no existen respuestas preexistentes. Cuando surge un problema y uno tiene la solución y no la aplica, es un inepto. Cuando surge un problema cuya naturaleza uno desconoce, uno no es un inepto; está frente a una realidad que lo desafía, con su complejidad, a buscar soluciones que no preexisten. Tal vez valga la pena, en este sentido, que recordemos qué significa preguntar. Si yo planteo el siguiente interrogante: “¿qué hora es? o ¿qué día será el de mañana?”, yo no estoy formulando una pregunta. Un interrogante es una cosa y una pregunta es otra. Si yo digo ¿qué hora es?, me estoy refiriendo a algo cuya respuesta está disponible pero de la que yo carezco. Si yo pregunto qué es el hombre, o qué significa el tiempo, o qué es la contemporaneidad, estoy formulando una pregunta, porque la respuesta no está constituida ni me precede, debo ir a buscarla. Sólo preguntamos de verdad cuando nos arriesgamos a buscar una respuesta que no preexiste. Por eso mismo podemos decir que las preguntas no abundan aunque sobren interrogantes. Rara vez nos hacemos una pregunta, en general lo que hacemos es plantear interrogantes. Preguntamos por informaciones de las que carecemos pero que existen. Preguntar es un arte infrecuente, en consecuencia, pero indispensable también. Aprender a preguntar es tal vez la más alta labor que propone una cultura desarrollada. Aprender a preguntar es tratar de discernir qué problemas no tienen aún respuesta y la piden para que podamos compren-

der si los problemas que tenemos son problemas cuyas soluciones existen y desconocemos, o son problemas cuyas soluciones no conocemos porque aún no existen.

Mi hipótesis con respecto a la Argentina es que es un país donde abundan los interrogantes por sobreabundancia de ignorancia. Es decir, tenemos muchas preguntas para problemas que se pueden resolver, y si no aplicamos las respuestas disponibles es por ignorancia y no porque no existan esas respuestas. Por ejemplo, nosotros sabemos que una organización republicana asentada en instituciones interdependientes y autónomas contribuye a infundirle a la democracia una existencia jurídico-legal que es, eficientemente hablando, mucho más rentable que una democracia populista. No sólo para quienes ejercen el poder, sino para un proyecto de Nación. ¿Por qué no la aplicamos? Porque no reviste interés la puesta en práctica de aquello que sí se puede hacer. Quiero dejar esto asentado porque me voy a dirigir ahora en otra dirección, volveré al país después.

LA NATURALEZA

¿Qué dilemas contemporáneos son dilemas que nos interroguen en términos de auténticas preguntas? Yo diría que hay cuatro dilemas fundamentales, dignos de ser considerados contemporáneos, porque no tenemos respuestas preestablecidas para ellos. El primero de esos dilemas atañe a la naturaleza, a lo que entendemos por naturaleza. Durante centenares de miles de años, los hombres concibieron la afirmación de su humanidad como un movimiento tendiente a abrirse un espacio en la naturaleza. Ser humano significaba ganarle espacio a la naturaleza. El locus humano era lo arrebatado a la naturaleza mediante el trabajo, esto se llama cultura. La cultura es el acotamiento de la naturaleza en favor de la supervivencia humana. Así fue durante centenares de miles de años. Hoy nos encontramos con un problema inédito, es decir con una verdadera pregunta: ¿cómo podemos hacer

para que la naturaleza sobreviva?. Los hombres de generaciones anteriores, hasta bien entrado incluso el siglo XIX, no se formularon nunca esta pregunta porque no la necesitaron. El problema, en lo que a la naturaleza atañe, es hoy: ¿cómo es posible que la naturaleza sobreviva?. Pero el problema se complejiza aún más por dos motivos. Primero, porque hemos descubierto que la naturaleza, eso que llamamos la naturaleza, somos nosotros. Que lo que le ocurre al río me pasa a mí. Que lo que le pasa al aire me ocurre a mí. Que el destino que corren las especies que agonizan me atañe, no sólo como productor de ese mal sino como destinatario directo de su agonía. Hemos descubierto que nuestro cuerpo no termina donde termina nuestra piel, sino que somos lo que nos excede. Somos lo otro, lo que no somos: el río, las especies vivas, el medio ambiente. Ése es nuestro cuerpo. Lo que a eso le pase nos pasa. Hay pues una alteridad, una otredad, que no es exterior a nosotros sino entrañable, parte de nosotros. Esto no lo tenemos muy claro todavía. Tenemos la vaga intuición de que es así, pero aún no lo hemos convertido en materia de reflexión. Estamos, más bien, bajo el impacto de la catástrofe ambiental que se ha producido, antes que en condiciones de discernir con claridad que eso que llamamos medio ambiente es pura interioridad humana. El paisaje somos nosotros. Aún no lo podemos pensar muy claramente. Aún no hemos advertido, salvo por los efectos, que la situación en la que se encuentra el planeta pone de manifiesto lo que hemos hecho de nosotros. No es que los cascos polares se reducen, somos los cascos polares. No es que las aguas intoxicadas por la sobreabundancia de óxidos que dejamos caer en ellas van convirtiéndose en campos de exterminio de las especies vivas. Es que nos pasa eso, somos lo que hemos hecho de la tierra.

¿Cómo es que hemos llegado a hacer de la tierra lo que de ella hemos hecho? Concibiéndola como un objeto prostibulario. Hasta hoy la tierra fue básicamente concebida como lo que

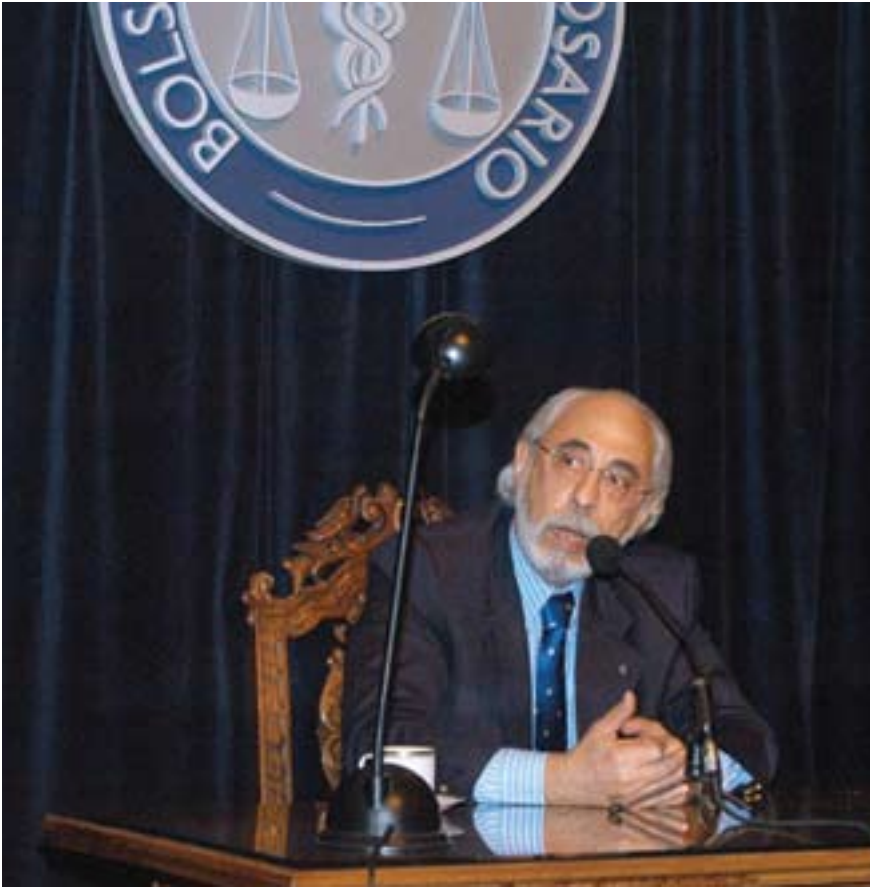


está ahí, como aquello de lo que nos valemos para constituirnos en seres humanos; explotándola, volviéndola rentable, haciendo de ella una herramienta de supervivencia y desarrollo. Pero al obrar ilimitadamente sobre los recursos de la tierra, al concebir la tierra como una esclava que está ahí para rendirse a la demanda arbitraria de quien la utiliza, la hemos extenuado. Empezamos a descubrir que la tierra gime, protesta, agoniza, nos dice de nosotros como un espejo en el que vemos reflejada nuestra desmesura. Ahí tienen ustedes el Wall Street fundamental, porque si lo de la crisis financiera habla de desmesura, ¿de qué habla la patología del planeta? Claro que de esto hablamos poco, porque presuntamente lo más grave es lo de Wall Street. No advertimos que somos terrestres, planetarios, que ésta es nuestra casa; aún no, aún seguimos creyendo que la tierra es el lugar que esta ahí para que de ella dispongamos arbitrariamente. Pero mediante los efectos con que la tierra pronuncia su desacuerdo ante el maltrato que le hemos infligido, empezamos a advertir que hay *alguien* ahí. Dije alguien; no me equivoqué, no dije *algo*. Ahí hay *alguien*, hay un ser viviente que pide consideración para que nos la demos a nosotros mismos al tomarla en cuenta a ella. Todo esto es bruma

aún, sonidos distantes opacados por la indiferencia y la incultura, aún no tenemos claro que *somos* el planeta.

Estamos ante un dilema notable: hemos descubierto que la tierra no es un lugar donde estamos, sino nuestro cuerpo. Una nueva anatomía se impone. Es imprescindible empezar a pensar la idea de corporeidad con otras pautas. ¿Lo haremos? ¿Estamos a tiempo aún? No lo sabemos. Tengamos al menos la decencia de advertir que aún no lo sabemos. Pero he ahí un problema cultural novedoso, un desafío inédito: la crisis de la supervivencia planetaria. La supervivencia de la tierra no es objeto de conciencia plena. Los Estados responsables fundamentalmente de la contaminación ambiental se manifestaron, en los protocolos de Tokio, en contra de cualquier medida hasta dentro de doce años, y desde hace cinco no se ocupan de este tema. Porque parece que lo que le pasa a la tierra, le pasa a la tierra y que se arregle la tierra. Alguien se ocupará.

Necesitamos una cultura planetaria que incorpore a la capacitación cívica de la ciudadanía mundial el cuidado de nosotros mediante el resguardo de la tierra. Esto aún no forma parte de los programas educativos de ninguna universidad. Hay una especialidad que se llama ecología, pero no estoy



hablando de ecología, estoy hablando de derechos humanos, de una política de derechos humanos que permita caracterizar el destino corrido por la tierra como el destino de una víctima que connota la autodestrucción del hombre impunemente llevada adelante en nombre del progreso.

EL PROGRESO

¿Qué idea del progreso tiene nuestra civilización? Segundo dilema fundamental a tener en cuenta en el marco de una conversación como ésta. Normalmente, en la edad moderna, en particular a partir del siglo XVI, el progreso fue entendido como la capacidad de resolver problemas en forma sucesiva a fin de que las respuestas operativas garanticen una calidad de vida más alta. Un gran pensador alemán del siglo XVII y comienzos del XVIII, Leibnitz, decía: nuestra generación está formada por hombres y mujeres que son mejores padres que los nuestros, nuestros hijos a su vez serán mejores padres que nosotros, y sus nietos, mejores padres que ellos. De tal manera,

Leibnitz pensaba que a medida que el tiempo pasa la producción de calidad, en cualquier orden que se quiera, es siempre inevitable y linealmente más alta: a mayor transcurso del tiempo mayor progreso y mayor calidad de vida. Esto en un orden es absolutamente irrefutable. Por ejemplo, yo estoy empleando un micrófono ahora, cosa que un expositor de 1742 no podía hacer. Pero lo que hemos venido a descubrir es que la producción de progreso en determinados órdenes no necesariamente abarca todos los órdenes. Por ejemplo, hacia 1920 la teoría de la relatividad de Albert Einstein ya estaba en pleno proceso de despliegue; pero también lo estaba el pensamiento de Adolf Hitler. Hacia 1486 España contaba ya con una concepción de la geografía europea notablemente desarrollada, entre otros, gracias a Américo Vesputio; pero también estaba allí Torquemada quemando judíos.

El desarrollo y el progreso son siempre procesos que connotan simultáneamente, paralelamente, la producción de beneficios y la persistencia de horrores. Los campos de concentración, los

centros de tortura, las descalificaciones incontables de los seres humanos por parte de seres humanos van de la mano con la irrupción del concierto para cuatro manos de Mozart, de la Quinta Sinfonía de Beethoven, de la elaboración de la obra de Víctor Hugo y del desarrollo de la teoría de Lavoisier. Ustedes dirán que es una pena, yo estoy de acuerdo, pero es así. Los hombres son simultáneamente sublimes y horribos, y saberlo es saludable porque eso permite que uno entable, incluso consigo mismo, una relación prudente. La idealización es un error de evaluación, tanto la del prójimo como la de uno. Como decía Oscar Wilde maravillosamente bien: es conveniente ser un poco improbable, Cuando uno habla de uno no sabe bien de qué habla, a menos que mienta.

Estoy refiriéndome al concepto de progreso. El positivismo lógico, es decir la teoría de Augusto Comte que se desarrolló a mediados del siglo XIX, proponía entender el progreso de la siguiente manera: supongamos que la realidad es la superficie de esta mesa, está sembrada de problemas. Si vengo de mi izquierda hacia la derecha puedo llamar progreso al proceso de limpieza problemática que hago de esta superficie en cuya extensión propongo soluciones operativas. Progreso es la capacidad de reemplazar problemas por soluciones. Hoy sabemos bien que el progreso es la capacidad de reemplazar problemas por soluciones, produciendo nuevos problemas. Porque las naciones verdaderamente progresistas son aquellas que sustituyen sus viejos problemas por soluciones eficaces que generan problemas nuevos. Un hombre interesante no es un hombre sin problemas, un hombre sin problemas es un difunto y lo ignora; lo verdaderamente interesante de un ser humano es su capacidad de renovación problemática. Una persona se vuelve interesante porque tiene un trato novedoso con los problemas que tenemos todos. Nadie es muy original en su patología. Uno no puede neuróticamente pretender que tiene unos problemas bárbaros, únicos, ése es un nivel de imbecilidad muy elevado y difícilmente reversible. Lo verdaderamente original es el trato

que uno entabla con los problemas que tiene como todo el mundo. La originalidad está en el trato, en la renovación de los enfoques acerca de los problemas. Pues bien, progresar significa hoy en día resolver problemas y mediante las soluciones generar problemas inéditos.

Los países verdaderamente progresistas renuevan su repertorio problemático. No es que no tengan problemas graves, pero tienen problemas interesantes simultáneamente, porque son nuevos. Los países que no tienen problemas interesantes y sólo tienen problemas graves, como es la Argentina, los tienen porque optan por la



repetición en lugar de la renovación. Los gobiernos conservadores, como el que hoy nos dirige, son gobiernos que optan por la reiteración y por un lenguaje más cercano al del fascismo y al del conservadurismo que al auténtico espíritu renovador. Entonces imitan al rey de Francia cuando dijo “después de mí, el diluvio” o imitan a los dirigentes absolutamente autocráticos que dicen “yo o el caos”. La senilidad de este lenguaje pone de manifiesto la imposibilidad de concebir problemas renovados, porque estas expresiones son la expresión de un pensamiento envejecido y estancado.

El pensamiento progresista, el pensamiento verdaderamente innovador, es un pensamiento que se caracteriza por la búsqueda incesante de lo nuevo y por la renuncia al maniqueísmo y a la descalificación de quien no piensa como uno. Este gobierno es un discípulo dilecto del ex presidente Bush, para el cual había amigos o enemigos, gente que representa al bien o gente que representa al mal. Esto sí que es estar colonizado por el imperialismo.



En cambio, actitudes como la del actual presidente de los Estados Unidos, por más incierto que sea todavía el desarrollo de su política venidera, se basa en la convicción de que el otro es insoslayable como interlocutor y que si podemos llegar a parecernos es porque somos diferentes; si no fuéramos diferentes no nos podríamos parecer. Una democracia pluralista descansa sobre el goce y el usufructo de la diferencia en el marco de una igualdad y una justicia social que brindan a todos la oportunidad de protagonizar su propia vida. No hay ninguna duda que hoy estamos viviendo en una Argentina donde la condición fundamental de la política, como rasgo distintivo, es que hay un solo protagonista y muchas víctimas de ese protagonista. No hay vitalidad protagónica de la comunidad porque la ley de obediencia debida rige la organización del discurso político. Entonces, frente a esta realidad me parece que es interesante tener en cuenta por qué el concepto de progreso, tal como hoy lo entendemos, como producción de problemas inéditos ganados mediante las soluciones dadas a los viejos problemas, no existe para la Argentina. La Argentina está hoy más cerca del siglo XIX que del XXI, porque sus dirigencias gozan sensualmente del poder de la repetición y no del anhelo imaginativo de la renovación.

EL CONOCIMIENTO

Hay un tercer concepto que quiero sostener acá y que tiene que ver con la educación. El mundo contemporáneo es un mundo fecundo en facultades pero no tiene universidades. La Argentina es un ejemplo de ello. Una facultad, literalmente, es un centro de estudios que faculta; es decir, que habilita a alguien para el ejercicio de una profesión determinada. Una universidad es un centro de capacitación cívica que enseña a todo facultativo a comprender la relación que hay entre su profesión y el mundo en el que vive, para que el ejercicio de su idoneidad profesional se despliegue en consonancia con un concepto valorativo de la realidad en la que le toca vivir y

no sólo dentro del marco estrecho de una especialidad. Cuando uno queda acotado en su especialidad delega su responsabilidad cívica en otros de una manera vergonzosa. La Argentina es un país que está enfermo de esta actitud de delegación. La carencia de participación cívica es el resultado de una educación enajenada que consiste en creer que cada uno debe estar solamente en lo suyo. Si cada uno está solamente en lo suyo, entonces del bien común o de la responsabilidad colectiva se aprovechan los que están en el lugar de todos, es decir, los que nos sustituyen como ciudadanos, como está sucediendo actualmente. Me parece que es importante tener esto en cuenta porque debemos recuperar el espíritu universitario.

Hay una reflexión, ciertamente muy divertida, que formuló cierta vez uno de los más grandes físicos del siglo XX. Se trata de Sir Arthur Eddington, un hombre que desplegó la física einsteiniana de manera muy rica. Lo que Eddington decía, muy inglés por otra parte, era: todo físico sabe que su mujer no es más que un conjunto de átomos y de células; ahora bien, si la trata así, la pierde. ¿Qué quiere decir Eddington con esto? El laboratorio, el espacio específico de nuestra acción profesional, nos brinda un semblante de lo real que está adaptado a las características de los recursos analíticos que empleamos. Dentro de un microscopio, dentro de los recursos analíticos con que operamos en el marco de nuestro campo profesional, la realidad sufre un corte que permite que nosotros formulemos una concepción profesional de lo que hemos visto. Ahora, cuando uno sale del laboratorio, lo real es infinitamente más complejo, porque su diversidad impide categorizarlo en forma unilateral. Entonces, ese conjunto de átomos y de células se transforma eventualmente en una mujer interesante. Todo depende del que mira y de la capacidad de trato que tenga. Una cultura enajenada en la especialización es una cultura que jibariza o que practica el reduccionismo interpretativo de lo real. Hoy una de las expresiones más patéticas del

reduccionismo interpretativo es la economía. La crisis que estamos sufriendo en el orden internacional es una crisis nacida de la profunda tendencia a sustituir el pensamiento teológico por el pensamiento económico. Hemos sacralizado la economía, la hemos convertido en la palabra final sobre lo real, y en lugar de darle un espacio en nuestra cultura como una herramienta más, hemos llegado a la creencia de que sólo ella dice de lo real. Así nos fue.

No podemos vivir sin especialistas, pero pobres de nosotros si quedamos en sus manos solamente. Necesitamos conciencia cívica, pluralismo interpretativo, capacidad de integrar los puntos de vista en un proyecto de calidad humana que permita que todo especialista se desempeñe como miembro de una orquesta y no como solista. En el pasaje de las sociedades religiosas a las sociedades seculares no ha desaparecido la religión, los procedimientos religiosos sobreviven en la profunda teologización de las especialidades. Hemos sacralizado la economía, las finanzas, y la crisis ésta pone de manifiesto de una manera notable hasta qué punto somos hijos de la unilateralidad interpretativa de lo real. Hay muchos lugares para decir que uno cree en Dios; ahora, poner en un billete "*In God we trust*" es demasiado. Pero, por algo está ahí. Hay muchas formas de fundamentalismo, ciertamente la nuestra no es la del Islam, pero es la de un economicismo desaforado que se ha quebrado por la mitad y ha dejado inerte y a la intemperie a una ciudadanía que, acostumbrada a contar con el mediano y el largo plazo, está hoy sumida en una inmediatez que la descalifica en términos subjetivos. Porque, habituada a sumar y a restar, no ha aprendido a pensar su dolor, el progreso.

No está en crisis la economía, está en crisis algo más profundo que la economía en occidente. Está en crisis el repertorio de valores que le dan sentido a la economía. Mientras no logremos meditarlos, mientras no logremos pensar el tema del conocimiento de una manera renovada, no vamos a poder comprender cómo salir del dilema fundamental que estamos

viviendo, y es que estamos en crisis como habitantes de un planeta al que hemos maltratado. El problema es el envilecimiento de la tierra como forma de autodestrucción. Concebir la tierra como un objeto y no como parte de nuestro cuerpo nos ha llevado a la concepción del progreso como producción de basura, y a la basura como el elemento que intoxica en este momento al planeta. Una cultura del desecho, es decir, una cultura que se jacta de producir valores efímeros que duran dos días y que va acumulando más y más desechos como una prueba de su capacidad de desarrollarse, está enferma; porque el desecho envenena la tierra, envenena la vida, nos convierte en desechos a nosotros.

Nos hemos hoy enfrentando a una evidencia atroz y es que el hombre está profundamente angustiado ante la temporalidad. El tiempo nos llena de angustia. Se dice que hemos dominado el tiempo y el espacio a través de la tecnología de punta y en un sentido es cierto. Yo puedo hoy estar simultáneamente conectado con infinitud de sitios y en un solo momento. Pero, cuidado, el tiempo vuelve ya no como en el pasado como mera duración, el tiempo vuelve como un reloj que la tierra nos envía para decirnos: - Señores, si siguen así, les quedan catorce años. ¿Cómo?, ¿no era que dominábamos el tiempo? Sí, pero no. Ahí hay un dilema. Y el espacio, ¿dónde aparece el espacio? El espacio, que habíamos dominado y con el que podíamos mediante una simultaneidad grandilocuente y omnipotente, aparece bajo una tierra que se destroza, gime, y nos recuerda que es algo que cae sobre nosotros bajo la forma de la dolencia del planeta. Mi planteo no es pesimista, porque pensar es una actividad optimista. Yo estoy tratando de retratar lo que somos para que no nos apartemos del deber de tratar de hacer algo con lo que somos.

La concepción del saber en forma compartimentada que nos ha brindado la posibilidad de contar con tantas especialidades magníficas como las que tenemos, no debe apartarnos de



la idea de que el desarrollo profesional en occidente no ha ido de la mano con el desarrollo cívico. El desarrollo cívico, la responsabilidad cívica, se mide por la capacidad de participar en la conducción y en la producción de los valores políticos que le infunden a una comunidad sentido en su camino. ¿Qué es esto del sentido? Nosotros no nos levantamos de la cama porque la vida tenga sentido. Seamos francos, nos levantamos de la cama para que tenga sentido. Producir sentido es la pasión fundamental de una vida plenamente asumida; es tratar de infundirle valor al tiempo y a la experiencia. La producción de sentido es producción de convivencia; primero somos dos y después somos uno. Dos viene antes que uno, soy yo con el otro primero y en virtud de eso yo soy yo. Primero está el encuentro con el otro como algo que funda el significado y el sentido de mi vida. Si no hay un otro que me convalide con su mirada, que me acoja en la cordialidad de su mirada, que sea hospitalario con mi presencia como para infundirle sentido, no existo.

¿Por qué no nos sentimos representados por este gobierno? Porque no mira al otro, porque no lo toma en cuenta, porque no lo considera significativo, y nos rebelamos contra este anonimato impuesto desde la arbitrariedad de un poder omnipotente. Lo mismo ocurre en la producción de significado subjetivo. Necesitamos una nueva subjetividad, una subjetividad que sea

capaz de reconocer que dos viene antes que uno y que la convivencia hoy no es una posibilidad, es un mandato. O los hombres de este planeta aprendemos a convivir, o se acabó nuestra especie aunque sobrevivan los individuos, porque nuestra especie tiene su núcleo significativo en la celebración de la presencia del otro. Menos que esto es no humanidad. Todos los regímenes totalitarios prefieren que existan los individuos pero no los sujetos conscientes de la interdependencia. Prefieren generar individualidades sujetas a un dogma, pero no sentido del diálogo, sino verticalidad y obediencia a la palabra autoritaria.

Pues bien, ¿cómo podemos generar en el campo del conocimiento este saber con responsabilidad cívica que nos permita hacer, más allá de nuestra capacitación profesional y vocacional, seres con responsabilidad planetaria? Yo, por cierto, no tengo la respuesta. Tengo en todo caso la conciencia, como muchos de ustedes, de algo que es bastante fácil de formular sin que deje de ser complejo. La muerte no es aquello que nos va a ocurrir. Nosotros no nos vamos a morir mañana. Sin querer amargarles el fin de semana, me refiero en adelante, nosotros nos estamos muriendo ahora y vamos a dejar de morir el día que expiremos. La muerte es lo que nos pasa mientras vivimos y es lo que nos deja de ocurrir cuando expiramos. ¿Qué ocurre después?, yo lo ignoro. Si nosotros podemos entender

que para poder vivir es imperioso que nos vayamos muriendo, si podemos entender que estar muriéndonos es desplegar al máximo nuestra vitalidad, tal vez nos reconciliemos con el tiempo, como aquello que nos otorga una ofrenda, que es la posibilidad de crear, y un límite, que es la imposibilidad de hacerlo todo el tiempo.

Por un tiempo podemos decir uno es uno por una única vez. El milagro de la vida humana exige para ser entendido que entendamos que es un milagro. Un milagro es algo que no ocurre habitualmente, sino algo excepcional. Uno es un milagro porque no ocurre más de una vez. Ahora, estar a la altura del milagro que es uno no significa bañarse en narcisismo, sino entender lo hondamente enigmático que encierra la palabra yo. Recuperar la conciencia de lo que significa la experiencia de ser viviente, sustraernos por un momento a la obviedad del trato que nos dispensamos a diario, dejar de presumir que el cuerpo es nuestro y que cuando no funciona el degenerado, qué se cree; y uno se ofende porque está enfermo como si fuera el dueño de sí. Todo esto es una cultura que ha abusado del poder. Porque hemos abusado del poder no nos podemos reconocer como seres vivientes, es decir, como protagonistas de un milagro. Ustedes me dirán: todo esto es literatura. Miren adónde nos llevó la falta de literatura. Aquí tienen el mundo sin literatura. ¿Qué realismo es el realismo que subestima la dignidad



de la vida? No podemos dejar de sumar, pero si nos limitamos a sumar, pocas cosas somos y dan mal las cuentas.

LOS DILEMAS DE ARGENTINA

Entonces, la Argentina es un país donde no tenemos signos de preocupación por los dilemas que plantean preguntas y no meros interrogantes. La Argentina es un país desactualizado en el sentido de que el repertorio problemático que lo aflige tiene que ver con la supervivencia de dilemas irresueltos del siglo XIX. ¿Cómo es posible que tengamos pobres, nos preguntamos a diario, si el país es tan rico? Es que no tiene nada que ver la riqueza del país con la posibilidad de que no haya pobres. Para que no haya pobres tiene que haber políticas de Estado interesadas en promover el desarrollo de la sociedad. Israel era un desierto, Australia... Los países no progresan porque tienen recursos, progresan porque aman a su gente y encuentran los recursos indispensables para progresar. Éste es el verdadero orden axiomático que debe estar presente hoy en un país en el que no está presente, que es la Argentina.

La Argentina ha visto envilecida año tras año su política y hoy podemos decir que el gran triunfo de las dictaduras militares es haber convertido en anémica la fe en la vida política y en la civilidad. Los políticos que no son militares hoy están bajo sospecha, porque el triunfo primordial del Proceso fue haber hecho

de la política una experiencia espuria. No son ellos los responsables de que la política sea espuria, sino que ellos son los que usufructuaron con la convicción de que el país iba a preferir un régimen autoritario a un régimen democrático.

¿Y qué vemos hoy en nuestra vida civil? Que el autoritarismo triunfa, que el amor a la vida cívica, a la capacidad de plantear ideas y no consignas, a sustituir el verticalismo por una verdadera interdependencia con el prójimo, están ausentes de los programas políticos. Porque los políticos hoy no tienen la capacidad de expresar algo que se puso de manifiesto hace poco tiempo a raíz de la muerte del Dr. Raúl Alfonsín. Todos nosotros sabemos lo que le debemos a Alfonsín, y todos nosotros sabemos lo que no le debemos. No hay mejor manera de valorar a un líder político que reconocer sus virtudes sin olvidar sus defectos. Es como querer a una mujer idealizándola o a un hombre idealizándolo; si uno idealiza no está interesado en la realidad. Lo grande de alguien son sus virtudes como algo que deja ver que son mejores que sus defectos.

En este sentido, una pequeña digresión necesaria es ésta: mucha gente se indigna porque no entiende cómo un hombre genial puede ser a la vez un miserable. ¿Cómo puede ser que Borges haya sido racista y haya despreciado a los negros al punto de decir que si el Premio Nobel le fuera otorgado a un negro entonces ya no tendría ningún

sentido? No hay nada que muestre lo misterioso que es el genio, como el hecho que aparezca en una personalidad cargada de prejuicios. Prejuicios tenemos todos, lo increíble es el genio de Borges. El genio no es una virtud moral, es una aptitud personal que es capaz de trastornar nuestra vida en el orden personal y colectivo, y que irrumpe en un temperamento que uno podría decir que es indigno de él. Pero ¿quién es digno del genio? El que lo tiene y nada más. El genio es una aptitud inexplicable que irrumpe arbitrariamente en gente que uno diría que no se lo merece, como si uno se lo mereciera.

Volviendo entonces al centro de lo que quiero plantear, la Argentina es un país que no llegó a transformarse en una nación porque no fue capaz de capitalizar sus fracasos. Lo que a un pueblo le enseña a crecer es la conciencia de sus errores. Argentina no transita por el camino del aprendizaje del error, sino por el camino de la repetición del error. Repetir es estar hipotecado con el pasado. Innovar es venir del futuro hacia el presente. Porque el futuro es el repertorio de ideales, de aspiraciones y de objetivos que uno quiere ver convertidos en realidad en el presente. El porvenir es la vocación de presente con la que uno irrumpe en el escenario donde actúa, tratando de introducir en ese escenario ideales, sueños, aspiraciones que sólo tienen el valor de lo porvenir, pero que si no irrumpen en el presente no constituyen un cambio de dirección.

El diagnóstico básico que podemos hacer sobre la Argentina es que no es un país en sentido estricto contemporáneo, es un país de la modernidad que ha quedado atrapado en los dilemas del siglo XIX, y una de las pruebas más impresionantes de esto son nuestros clásicos. Hay dos clases de clásicos: Esquilo, Sófocles, Shakespeare, Corneille, Racine, son un tipo de clásico. Y hay otro tipo de clásico. Los clásicos auténticamente clásicos, es decir los que lo son porque su valor perdura a través del tiempo en forma sostenida, son clásicos porque a pesar de las trans-



formaciones generacionales y epocales siguen hablándole al hombre de lo que es; es el progreso el que garantiza su actualidad. A medida que la humanidad evoluciona, Esquilo es cada vez más moderno, Sófocles es moderno, Eurípides es moderno, porque nosotros somos muy antiguos y ellos supieron retratar nuestra antigüedad, es decir nuestra estructura, ésa que se sostiene a través de los cambios. Ahí tienen ustedes a los clásicos perennes.

Después tenemos otros clásicos, sin duda valiosísimos, pero su vigencia es proporcional al fracaso histórico de los países donde han aparecido. La actualidad de Sarmiento, prácticamente en la totalidad de su obra, es proporcional al fracaso de la Argentina. Sarmiento sigue siendo actual porque el país no es lo que él quería; si hubiese sido lo que él quería hubiese sido un notable visionario del siglo XIX y no un maestro del siglo XXI. Es grande porque somos chicos. Alberdi es grande porque somos chicos. Echeverría es grande porque somos chicos. Si fuéramos capaces de cumplir con lo que ellos proponían, hoy seríamos gente que tiene grandes clásicos nacionales del siglo XIX, y no una deuda moral contraída con los grandes escritores de ese momento.

Por eso digo que la lectura de nuestros clásicos nos permite entender la hipoteca que hemos contraído. ¿Para qué debemos estudiar? Leer es una actividad infrecuente, ya lo sabemos hoy, el

hombre es pagano y se alimenta de sus ojos mediante la televisión o internet. El paganismo es una actividad esencialmente visual. Hoy estamos en un nuevo paganismo, mirar es todo para nosotros. Esto es paganismo puro, la idolatría de la imagen. En una cultura como la Argentina, volver a nuestros clásicos significa comprender el repertorio de deudas contraídas con la identidad concebida como tarea. Los argentinos no tenemos por qué tener identidad, el hombre no tiene identidad y la mujer tampoco tiene identidad. A ver si me explico, uno no es un hombre y una mujer simplemente porque su anatomía o su biología así lo proponen. Si una mujer no se empeña en ser mujer será un animal de sexo femenino, pero no será una mujer. Y un hombre que no se empeñe en ser hombre terminará siendo un animal de sexo masculino, pero no un ser humano. En nuestra especie, para ser hace falta tarea. Nosotros debemos construir nuestra humanidad. Somos la única especie que tiene que poner empeño en ser. No hay canguros que estén particularmente desvelados por el afán de ser, ni búfalos atormentados por la deuda que han contraído con una identidad moral. El animal está sujeto, hipotecado en la biología. Le basta dejar pasar el tiempo para ser. El hombre necesita poner empeño en ser; la identidad es tarea, es construcción.

Al volcarnos sobre la idolatría del pasado y la repetición, hemos renunciado a la dimensión más

alta de nuestro humanismo, que se traduciría en el orden político en la conciencia cívica, y en la responsabilidad republicana. Con republicana quiero significar la conciencia de que la legislación del poder en una democracia cabal se basa en el control recíproco que las instituciones interdependientes ejercen unas sobre otras, con total autonomía una de otra. Esto supone un altísimo desvelo por la perfección que, si Dios quiere, no se va a cumplir nunca, porque la finalidad más alta de una democracia es probar que no está cumplida, es decir que tiene que perfeccionarse infinitamente.

Si estamos frente a un gobierno que dice que todo lo que no sea él mismo es caótico, o que todo lo que no sea él mismo es desorganización, no estamos frente a una propuesta democrática, estamos frente a una propuesta totalitaria. En las elecciones legislativas que vienen sólo podemos aspirar al triunfo de una redinamización de la vida republicana y democrática a través de un protagonismo nuevo y renovado de las instituciones. Sin duda, el oficialismo no está en condiciones de hacer esto. Volvamos la mirada hacia la oposición y advirtamos que tampoco está en condiciones de hacer esto, pero su deber es ser una alternativa, porque de lo contrario gana el pasado y la Argentina deja de venir del porvenir ●